Estos dilemas tenian confusa y absorta á la Asistenta.

—Don Benigno,—dijo al fin,—usted que ha estudiado, explíqueme en qué consiste que las gentes que se guian por la prudencia y la razon atinan por lo regular mejor en hacer el bien, que no aquellas que se dejan guiar ciegamente por su corazon.

—Señora,—contestó D. Benigno,—en mis estudios, que no fueron muchos, no me acuerdo haber hallado nada que esto explique; pero á mi corto entender, paréceme que es porque la esfera de la prudencia es el mundo y la del corazon es el cielo, y porque, como dice el Evangelio, no se puede servir á la vez á dos amos.

CAPITULO XIX.

El conocimiento que adquirió la Asistenta de la mutua pasion de los dos séres que más amaba en este mundo, habia sido un golpe terrible para ella. Resultaba del incesante combate que sostenian su cariño y su razon, así como de la amarga inquietud que le causaba la idea de que su imprevision habia dado márgen á esta desgracia que hubiese podido evitar, atendiendo á los prudentes consejos de su hermana, una perenne lucha en el ánimo, hasta allí tan tranquilo de la señora; un incesante malestar que gastaba sus fuerzas morales; á lo que se agregaba el vacío que sentia en su corazon y en su vida, con la separacion en que vivia de toda su familia, pues Clara habia ido á Cádiz á tomar los baños de mar. Influyó este estado de sufrimiento en su salud.

En vano engordaba Pedro pavos con nueces; en

vano se esmeraba María en poner en práctica todas sus recetas de las más exquisitas golosinas. Su ama, tan alegre y buena vividora, no comia; de noche, la doncella que dormia en el cuarto de junto al de la señora, la oia suspirar é inquietarse en su desvelo, y por la mañana volvia mucho más tarde de la iglesia.

Fernando, que nunca habia dejado de visitar diariamente á su tia, á quien amaba con la ternura que por ella tenian todos sus sobrinos, consultó con el facultativo acerca del decaimiento que se notaba en la señora, y éste opinó por el suave beneficio de la mudanza de aires. Habia refrescado el tiempo con las largas noches de Octubre, y le fué fácil á Fernando persuadir á su tia á que emprendiese, ántes de lo que solia hacerlo, su viaje al campo, que debia igualmente aprovechar á Élia, que seguia aún macilenta.

Emprendióse el viaje, pero faltándole aquella alegría y bienestar con los que se hacía otras veces, como si le faltasen á la primavera sus flores y sus pájaros.

Se apearon en la venta que se hallaba en el camino, en la que los aguardaba, como siempre lo hacía, el cura, que salia á su encuentro. ¡Recuerdos dolorosos despertó esta vez la pobre venta en todos los que en ella se reunieron! Allí era donde diez y siete años habia trajo el cura á aquella desamparada criatura, que ni áun voces tenia para pedir piedad! Y allí fué donde halló una caridad tan grande,

que en su exceso le habia quizás de ser más perjudicial que la escasa y seca de los que la practican por oficio. Allí habia sido arrancada á su humilde suerte; pero ¿era esto un bien? ¿Era un mal?

Guardaban todos sumidos en sus reflexiones un triste silencio, cuando se oyó un repentino rumor. Las gentes de la venta se arrojaron hácia la puerta y se les oyó repetir:

—¡Castro! ¡Castro!

—¿Qué es eso? ¿Y quién es ese Castro?—preguntó la Asistenta.

—¿No ha llegado el nombre de Castro á vuestros oídos?—contestó el cura.—Es el nombre de ese implacable oficial encargado en la persecucion de ladrones.

—¡Señora,—exclamó María, precipitándose en el cuarto,—son soldados, han venido á las manos con los ladrones, y traen consigo á los heridos! ¡Jesus, señores, qué espanto! ¡Vámonos!

El cura se levantó para salir.

—¿Dónde va usted, señor?—preguntó angustiada la Asistenta.

—A socorrerlos, señora,—contestó el cura.

Salió, y María se apresuró á cerrar la puerta para ocultar á su señora el terrible espectáculo de que iba siendo teatro la venta. Entraban bruscamente los soldados dando golpes con la culata de sus fusiles, descargando en el suelo heridos y moribundos que no se quejaban; las mujeres gritaban,

los caballos relinchaban y pateaban, y sobre todo el tumulto se hacía oir la voz fuerte de mando del comandante.

—¡Vámonos, vámonos,—exclamó la Asistenta sobrecogida,—puesto que aquí nada podemos hacer ni aliviar!

—Aguarde vuecencia á que hayan entrado y dejado el paso libre,—respondió María, que se habia asomado á la ventana, y pálida y temblando acechaba el momento en que les fuese posible alejarse de aquella terrible escena.

Al cabo de algunos instantes se abrió la puerta, dando entrada al cura.

Al traves de la serenidad habitual de su semblante penetraba una profunda emocion. Se acercó á la Asistenta, diciéndole deseaba hablarla reservadamente, y habiéndose retirado con ella á un lado, le dijo:

—Señora, á dos pasos de aquí está el padre de Élia; está espirando, me ha reconocido, y en este instante supremo me pregunta por su hija. ¿Cumpliré con mi deber si se la oculto? ¿Le arrancaré á un moribundo su último consuelo? ¿Sería mi silencio la causa que impida á una hija el cerrar los ojos á su padre, y evitará mi ocultacion la posibilidad de que su presencia haga brotar los suaves sentimientos que puedan alzar á Dios el corazon de un criminal, y preparar su alma á no morir en la terrible impenitencia final?

La Asistenta quedó aterrada.

—¡Mi pobre niña!—exclamó con vehemencia.—¡Eso la mataria! ¡No, no, no consiento en ello! ¿Qué obligacion tiene hácia aquel que tantos lazos rompió al abandonarla? ¡No, no, que no lo sepa! ¡Alejaos! ¡alejaos!

—Señora,—dijo el cura,—considerad que no teneis el derecho de interponeros entre padre é hija. Decidle lo que ocurre, y que decida ella lo que debe hacer. Hay circunstancias, señora, tan delicadas y de tan insondable trascendencia, que intervenir en ellas es asumir sobre su cabeza una inmensurable responsabilidad.

La Asistenta cayó abismada sobre un banco.

Élia, al notarlo, corrió hácia ella.

—¿Qué es eso, madre mia?—exclamó.—¿Qué sucede?

—No hay momentos que perder,—dijo el cura.—Élia, tu padre está aquí y está espirando.

Al oir estas palabras, dió Élia un penetrante grito, y se precipitó fuera del cuarto; el cura la siguió, y cuando la Asistenta, trémula, fuera de sí, la alcanzó, y cuando llegó, sostenida por Fernando, la halló de rodillas, divina como la Caridad, sublime como el valor cristiano, hermosa como el deber filial, sosteniendo con sus blancas faldas una cabeza oscura, ensangrentada, terrible, que habria causado repulsion á un valiente, apretando sobre sus puros labios una mano negra, dura, manchada por

el crímen, cuyo contacto hubiera rechazado el verdugo.

El bandolero, moribundo, habia abierto sus ojos, y los habia fijado en aquella celeste aparicion.

—Esta es—le decia el cura—vuestra pura é inocente hija, que viene á enseñaros la clemencia de Dios y el camino del cielo.

—¡Serafin que Dios me envia á la hora de la muerte,—dijo el moribundo con lentas palabras y apagada voz,—como la esperanza... como la misericordia... para que en ellas confie... ruega á Dios por el perdon que imploro! Dios oirá tu voz, porque tú has oido la suya cuando dice: «Honra á tu padre y á tu madre», y no exceptúa á ninguno.

Apretó la mano al cura, y espiró.

Élia fué llevada al coche, que partió al galope.

—¡Ah!—decia María, prodigando á la anonadada Élia sus cuidados.—¡Qué imprudencia! ¡Qué crueldad! ¡Qué barbarie! ¿Cómo ha podido el cura hacer semejante atrocidad?

—María,—repuso la Asistenta, hecha un mar de lágrimas,—no juzguemos las cosas que creen deber hacer los sacerdotes. Si en lo que han hecho han atinado, nuestro juicio es una temeraria calumnia; si han errado con buenos fines, es una atrevida censura que no nos compete. ¿Quién te asegura, lo que en tus cortos alcances no puedes comprender, si acaso no habrá salvado un alma?

El cura y Castro quedaron solos en el cuarto de

la venta, en donde este último aguardaba los auxilios que habia mandado pedir á Sevilla.

Habia volado la tarde tras del sol, y llegado la noche con su silencio.

Estaban sentados ambos frente á frente en una mesa en que ardia un velon, cuya llama se mecia inquieta y vacilante, como si le fatigase su impotencia á rechazar todas las tinieblas de aquel recinto. Arrojaba, empero, sus luces de lleno sobre la venerable y blanca cabeza del cura, miéntras que la cabeza inquieta y severa, de crespa cabellera negra, de Castro, quedaba en la sombra que hacía la pantalla del velon. Estas dos figuras, la del hombre de paz y la del hombre de accion, que eran el apóstol del poder divino, y el ministro del poder humano, formaban así un marcado contraste, teniendo uno en su sencillo traje negro á su lado un breviario, y el otro en su abigarrado vestido militar al suyo unas pistolas. Levantábanse á menudo, el cura para velar á los heridos, Castro para asomarse á la ventana, por observar si en el silencio de la noche no le anunciaria algun ruido la llegada de los socorros que aguardaba, ó alguna sorpresa hostil de los bandidos por libertar á su jefe, que no sabian era muerto.

Dijo al fin el cura á Castro:

—Llevais una vida bien fatigosa. ¿No quereis dormir un rato?

—Es preciso—contestó éste—que unos velen, para que otros puedan dormir tranquilos.

—Pero... ¿no apeteceis á veces el descanso?

—¡No hay descanso para mí!—respondió amargamente Castro.

—Señor,—dijo el cura con suave sonrisa,—esa queja no existe sino en boca de los réprobos.

—Ó de los desesperados,—repuso Castro.

—No hay dolor sin consuelo, señor de Castro, en un alma cristiana.

—Sí señor, existen dolores que dejan el alma sin consuelo, y sin más que una necesidad y un placer.

—¿Y es éste?...—preguntó el cura.

—¡El de vengarse!—contestó Castro.

—¡Ojalá hubiéseis dicho el de perdonar!

—¡Cuán fácilmente pronuncia la boca esa palabra, señor cura!

—Señor de Castro, cuando la boca tiene la fuerza de pronunciarla, el corazon no la desmiente.

—¿Y creeis, señor cura, que segun lo deseais, todo se pueda perdonar?

—¡Sin excepcion!

—Pues decidme cómo se perdona lo que os voy á referir,—dijo Castro;—y si hallais dable el hacerlo, bórrese de la lengua la palabra imposible. En un viaje que hice recien casado con una mujer que amaba con tanta pasion como ternura, fuimos asaltados por bandidos que se apoderaron de ella y de mí despues que hube disparado dos pistolas, una de cuyas balas mató al que más de cerca me amenazaba. Furiosos por esto, me ataron á un árbol con las

correas de los caballos del carruaje, encadenaron mis manos, y pusieron una mordaza á mis labios. Entónces trajeron á mi mujer, que asesinaron ante mis ojos, despues de cubrirla de todos los oprobios; la vi rodar á mis piés, en las angustias de la deshonra y de la muerte; vi fijarse en los mios sus ojos moribundos, pidiéndome auxilio en su agonía; conté sus suspiros y gemidos; la vi morir abandonada del universo; ¡y yo estaba allí!!! ¡Estaba allí... sin poder socorrerla ni desviar mis ojos de aquel cuadro aterrador! Mis miradas eran la única y última prueba de cariño que podia darle. ¡Su sangre vino á mojar mis piés! ¡Espiró clavando en mí sus ojos! En los mios halló una inextinguible promesa de venganza... y vivo sólo para cumplirla.

En este momento se abrió la puerta, y vieron entrar á Fernando.

—Señor de Castro,—dijo,—vengo á pediros un favor.

—No es la voz pedir, sino la de mandar, la que debeis emplear, señor marqués,—contestó Castro.

—¿Podeis disponer—prosiguió Fernando—de á quién habeis de entregar á los malhechores que perseguis?

La cara de Castro se puso ceñuda.

—¿Venis, señor,—dijo,—á hablarme en favor de alguno de esos foragidos?

—No,—respondió Fernando;—vengo á pediros un cadáver.

—¿El del capitan quizás? ¡No, no puede ser! Su cabeza se va á poner sobre un poste, para que aterre en muerte á los malos, como aterró en vida á los buenos.

—¿Me negais, pues, mi súplica?—dijo Fernando con creciente y austera dignidad.

—Me es forzoso,—contestó Castro.

Pero despues de un momento de silencio añadió:

—¿Qué quereis hacer con el cuerpo de ese malvado? ¿Es acaso un estudio curioso frenológico?

—No señor,—respondió Fernando;—le quiero enterrar.

—¿Como á un buen cristiano?... ¿Como á un hombre honrado?—exclamó Castro.—No; eso sería un funesto ejemplo.

—¡Señor de Castro,—repuso Fernando,—los vivos no envidian las prerogativas de los muertos!

Castro dió algunas vueltas por el cuarto.

—¿Y poneis—dijo al fin—mucho precio á lo que me pedis?

—¡Un precio infinito!—repuso Fernando.

Castro siguió dando algunas vueltas por el cuarto; luégo, parándose delante de Fernando, dijo:

—Lleváoslo. Nada puedo ni debo negar al marqués de Valdejara; no por su clase ni por su rango, sino por su persona, que mucho há aprecio y respeto.

—Señor de Castro,—respondió Fernando,—creed que la estimacion y gratitud que me inspiran el favor y el modo de hacerlo, no se borrarán jamás de mi alma.

Cuando el dia abrió los ojos, el cuerpo del bandolero habia hallado descanso y amparo en el campo-santo del lugar, en cuya iglesia se decia una misa de difuntos en solemne silencio y con profunda devocion. La iglesia estaba aún desierta; no se veia en ella sino á un noble y bello jóven arrodillado cerca del púlpito.

Un mes despues, la casa de la Asistenta habia cambiado de aspecto. No era aquella casa apacible y risueña cuya atmósfera parecia tener un tinte color de rosa, y dar la bienvenida con la cordialidad con que la daba su ama, no. Reinaba en ella un hosco silencio; veíanse sólo rostros azorados y abatidos; sus puertas estaban abiertas de par en par. Junto á la cancela del patio se hallaba colocada una mesa con plumas y tintero; al lado de éstos se veia una lista cubierta de nombres de infinitas personas que habian acudido á inscribirse; estaba la lista encabezada con estas palabras: «La enferma sigue en la mayor gravedad».

En la alcoba de la Asistenta reinaba una casi oscuridad. Entre las cortinas de damasco que colgaban del macizo cielo de la cama, yacía la Asistenta, la única en la casa que en el peligro que corria habia conservado su serenidad: á un lado de la cama estaba Élia; al otro lado María; al pié del lecho estaba D. Benigno. Seis dias habia que ninguna de

estas tres personas se habian movido de su sitio, ni tomado más alimento que caldos, que Pedro les forzaba á tomar, haciéndoles observar eran necesarias sus fuerzas para la asistencia de la enferma. Ninguna de estas personas hablaba, lloraba, ni casi respiraba; sus vidas parecian haberse suspendido.

En el cuarto inmediato consultaban cinco facultativos. Fernando, apoyado sobre una mesa, los escuchaba pálido, pero sereno. Pedro, temblando y con el semblante desencajado, se mantenia en pié cerca de la puerta.

—Señor marqués,—dijo el médico de cabecera, dirigiéndose á Fernando,—es inútil ocultarlo: ¡no hay esperanza! Desde que volvió la señora del campo, ha hecho el mal rápidos progresos; ha sostenido su postracion una pasion de ánimo, producida tal vez por el presentimiento de su cercano fin: es preciso que se disponga.

Fernando inclinó la cabeza en silencio en señal de haber oido.

—Pedro,—dijo,—que se avise al confesor de la señora.

Pedro salió, cubriendo su rostro con ambas manos.

En seguida se sentó Fernando, y escribió estos renglones, que envió con un criado en casa de la marquesa:

«Madre, nuestra tia va á ser administrada.»

Pronto llegó el confesor, que entró con Fernando en el cuarto de la enferma. Esta no se sorprendió al

verle, pues habia venido con frecuencia en el curso de su enfermedad, habiendo la señora misma pedido confesarse.

—¿Cómo os hallais, señora?—le dijo.

—Bien,—respondió ésta, entreabriendo sus apagados ojos.

—¿Teneis todavía algo que decirme?—prosiguió el confesor.

—Nada,—respondió la señora;—mis disposiciones temporales están hechas; desearia, si de ello me hallais digna, recibir los últimos Sacramentos.

—Grato me será—repuso el sacerdote—administraros esas fuentes de gracia y consuelo.

Un profundo gemido brotó del pecho de Élia.

—¡Pobre niña mia!—dijo la Asistenta, procurando mirarla.

Fernando quiso alejarla; pero ella se asió con fuerza al pilar de la cama.

—Déjala, hijo mio,—dijo la Asistenta, que lo notó.—¡Es tan grato para mí el verla á mi lado!

Entre tanto María, animada con lo augusto del acto que se preparaba, estaba levantando con la ayuda del cura y de Pedro un altar enfrente de la cama, que cubria de seda, de oro y plata, y coronaba con un magnífico Crucifijo de marfil. Habíaseles pasado recado de aviso á los parientes y más íntimos amigos.

La casa se iba llenando de una multitud de gentes, cuyo silencio, recogimiento y afliccion testifica-

ban su respeto y su cariño. No se oian sino los sollozos sofocados de los criados y de los pobres, que se agolpaban en el zaguan.

A poco viéronse las gentes pararse en las calles, arrodillarse y descubrir sus cabezas, abrirse los balcones, y postrarse en ellos los que en las casas estaban. Se vieron los muchachos de la calle dejar sus juegos, y decir al ponerse de rodillas en los umbrales de las puertas:

¿Adónde vas, Jesus mio,
Tan bizarro y tan galan?
—Voy en casa de mi hija,
Que me ha mandado llamar;
Y si me recibe en gracia,
La tengo de perdonar,
Aunque tenga más pecados
Que arenitas tiene el mar.

El toque de una campanilla anunciaba, y dos largas hileras de hombres con cirios en la mano precedian al sacerdote que traia á aquel Señor que no hay voz que no oiga, para cuya clemencia no hay choza chica, para cuya grandeza no hay palacio grande. Seguíale una banda de música militar, grave y solemne.

—¿Qué es esa música y ese esplendor?—preguntó la Asistenta á María.

—Señora,—contestó ésta,—es el aparato con el que ha querido el señor marqués que éntre Su Majestad en esta casa.

—¡Cuánta pompa! ¡Cuánto boato! ¡Tanto para mí... y tan poco para Dios!—dijo la señora.

Fernando y un primo suyo salieron con cirios al encuentro del Augusto Huésped, y le precedieron al cuarto de la enferma.

Habíanla levantado y apoyado en cojines. Fijaba ésta sus apagadas miradas, dirigiendo en ellas fervorosas oraciones al Redentor, cuando entró el sacerdote.

Recibió el Viático con una profunda y tierna adoracion.

Acabada la solemne ceremonia, quedó la religiosa moribunda en una santa y tranquila meditacion. Su confesor la sacó de ella, diciéndole:

—Señora, sé que toda clase de resentimiento contra la marquesa está extinguido en vuestro corazon.

—¡Oh! Del todo, del todo,—dijo la moribunda.—Siento no verla ántes de morir.

—No será vano ese deseo,—repuso el Padre.

Y la marquesa, pálida y conmovida, se arrojó y estrechó á su hermana entre sus brazos, miéntras que Esperanza cayó sollozando á los piés de la cama.

—¡Hermana!—dijo con débil voz la Asistenta.—¡Cuán agradecida te estoy!

Y cayó fatigada por su emocion.

Despues de un rato de silencio entreabrió sus ojos, y dijo:

—Ines, mi Élia, mi pobre niña... ¡queda sola y desamparada!

La marquesa se volvió hácia Élia, que se mantenia siempre en su sitio en un estado lastimoso, la tomó y estrechó en sus brazos, y dijo:

—Admito el depósito, hermana.

—¡Dios mio!—murmuró la Asistenta.—¡Muero tranquila!... Su virtud, su caudal, su bienestar, todo queda asegurado. ¡Dios os bendiga á todos, y os haga dulce la vida, como me habeis hecho la muerte!

Al cabo de un momento oyó el Padre que la auxiliaba salir de sus labios con su último aliento estas quedas palabras: «¡Señor, recibe mi alma!»

—Así—dijo el sacerdote—pasan las almas de los justos al seno de Dios. ¡Roguemos!

Todos se postraron con el solemne respeto que causa la muerte, con los profundos sentimientos de piedad que inspira, con el dolor desgarrador que deja tras sí en los que sobreviven á los que aman.

—¡Madre mia! ¡madre mia!—gritó Élia, desesperada.

Se la llevaron en brazos á su cuarto, á pesar de su resistencia.

—Aléjate, hija mia,—dijo la marquesa, cogiendo del brazo á Esperanza, que besaba sollozando las manos del cadáver.—Vé con Élia, y llorad unidas, cual compete á dos hermanas que han perdido á su madre.

Esperanza se apresuró á obedecer.

La marquesa dió las órdenes necesarias, tomó las disposiciones que exigian las circunstancias. Quiso

avisar á las mujeres del oficio para que amortajasen á la difunta; pero María se opuso.

—No, señora,—le dijo,—no la tocarán manos mercenarias; yo seré la que le haga este último servicio.

Despejaron el cuarto, y entónces observaron oculto entre los anchos pliegues de la colgadura de la cama á D. Benigno, con los ojos uraños y estúpidos clavados en el cadáver de su señora, las manos unidas y extendidas hácia él, los labios sin voces, el pecho sin sollozos. Se lo llevaron, y él se dejó conducir como una masa inerte y sin voluntad.